



WARHAMMER  
40,000

# AHRIMAN: EXILIO

JOHN FRENCH



minotauro



WARHAMMER  
40.000

# AHRIMAN: EXILIO

JOHN FRENCH



minotauro

Título: *Abriman: Exilio nº01*

Versión original inglesa publicada por Black Library.  
*Abriman: Exile* © Copyright Games Workshop Limited 2013.

*Abriman: Exile, Abriman: Exilio nº01*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK.

Título original: *Abriman: Exile*  
Ilustración de la cubierta: Fares Maese  
Ilustración Iconos de Tzeentch: John Blanche

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
© 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Ariadna Cruz González  
Edición corregida por Juan Pascual Martínez

ISBN: 978-84-450-1518-6  
Depósito legal: B. 1.068-2023  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



I

## EL TORMENTO

«Por favor, no te la lles. Estoy débil, pero te ruego que no me la arrebates».

La cubierta tembló bajo los pies de Carmenta mientras atravesaba el silencio que inundaba la *Hijo del Titán*.

«Estoy demasiado débil», pensó. «Me lo merezco, pero, por favor, déjame volver a ella». La cubierta volvió a agitarse. Carmenta tropezó, chocó contra un muro de metal descubierto y cayó al suelo. Cuando intentó ponerse de pie, las manos de latón pulido empezaron a temblarle. Entonces la cubierta dio otra sacudida e hizo que saliera despedida. Permaneció tumbada un momento, estudiando los datos que aparecían en su visión tintada de verde: la *Hijo del Titán* estaba sufriendo daños. La mitad de los compartimentos externos de los bajos de la nave estaban abiertos al vacío y las cubiertas de armas espinales estaban en llamas. Si hubiese estado en el puente de mando, conectada a la nave, habría sentido cada golpe como si lo hubiese recibido en su propio cuerpo. Pero en ese momento solo era consciente del dolor de la *Hijo del Titán* gracias a una diatriba de datos impersonales. Aun así, a medida que fue asimilando la información, sintió un amago de dolor en el pecho.

«Está sangrando, y está sola». Por un instante tuvo la sensación de que se le saltaban las lágrimas, pero sus ojos habían desaparecido hacía mucho tiempo. Cuando no estaba conectada a la nave, veía el mundo a través de dos lentes de cristal de color verde luminoso. Siguió recibiendo más datos. La nave enemiga estaba cerca y se dirigía hacia ellos como un chacal que persigue a un animal herido.

«Voy a perderte». La idea se hizo eco en su mente. «No debí haberte dejado. Lo siento. Lo siento mucho. Estoy débil. Me lo merezco».

Entretanto, otra parte de su mente, una que todavía funcionaba con frialdad mecánica, procesó los datos. El atacante se estaba posicionando para abordar la nave. Sus tropas penetrarían el casco en veintiocho minutos.

«Debo llegar al puente de mando». Extendió las dendritas mecánicas que tenía en la espalda y trepó por el muro del pasaje hasta ponerse de pie. Los tentáculos cibernéticos chirriaron mientras intentaba recobrar el equilibrio. Entonces sintió que algo caliente y húmedo le corría por la piel del cuello. Levantó la mano de latón y la pasó por la piel, usando los sensores de los dedos para saborear el líquido. Era sangre y aceite. Movié la mano hacia arriba y descubrió la grieta que se extendía por la cerámica esmaltada de color rojo de su mejilla derecha. No sentía dolor, pero eso era porque los nervios que había en lo que quedaba de su rostro llevaban muertos mucho tiempo. «Así debe ser como lloran quienes son mitad máquina», pensó.

Tomó aliento y sintió cómo el aire le entraba en los pulmones con el clic de un reloj. Era una vieja costumbre carnal, una señal de que estaba cansada. Estaba *realmente* cansada, cansada de huir, cansada de vivir como una paria. La suya

no había sido una buena vida, ya que su camino había estado marcado por demasiadas mentiras y traiciones. Una parte de ella deseaba apagarse, dejar que la nave muriera y morir con ella. En cambio, suprimió la idea con un gruñido airado.

«No nos mataréis», gritó para sí misma. «No acabaréis con esto, al menos no ahora. No me la arrebatáis».

Dejó caer las manos y dio un paso vacilante. Un dolor agudo le recorrió la columna. Se sentía agotada y una oscura nube gris ahogaba sus sentidos. Debía seguir avanzando, tenía que llegar al puente de mando. Por un momento se preguntó dónde estaría Astraeos. Había intentado contactar con él, pero el enlace de comunicaciones había fallado. De todos modos, era irrelevante. Si el enemigo conseguía subir a bordo, cuatro Space Marine no serían suficientes.

Carmenta comenzó a avanzar lentamente por el pasaje, arrastrando su toga hecha jirones a su paso.

Desde el puente de mando de la *Medialuna de Sangre*, Ahzek Ahriman veía cómo varias costras del armazón de refrigeración se desprendían del casco de la nave silenciosa. La imagen parpadeó en la pantalla agrietada y luego volvió a verse con nitidez. Había varias docenas de pantallas colgadas a su lado y todas mostraban imágenes igual de imperfectas de la nave a la que se acercaban. Las pantallas eran casi la única fuente de luz que había en el puente de mando y hacían que el vasto espacio abovedado pareciera pequeño, como una cueva cuyo tamaño se ve reducido a la esfera de luz que emite una sola hoguera. Al fondo de cada pantalla se observaba una cortina de nubes de gas de color amoratado suspendidas en la oscuridad. Una hendidura negra, semejante a la pupila rasgada del ojo de una serpiente, las atravesaba. Las estrellas que

las bordeaban brillaban con una luz sombría y furiosa. Mientras observaba la nave, no pudo evitar sentir cómo sus ojos se desviaban hasta clavar la mirada en el abismo que colgaba en la distancia. Muchos le habían dado nombre, pero solo uno perduraba: el Ojo del Terror.

Habían encontrado la nave por casualidad en el borde de un sistema desconocido, con energía de la disformidad aún emanando de la cubierta. Al principio habían sido cautos y habían disparado una salva de larga distancia al flanco de la nave silenciosa. No habían recibido ninguna salva en respuesta, los escudos no se habían encendido y los motores de la nave se habían mantenido fríos. Era una guerrera, una franja de granito y acero de seis kilómetros de largo. Las baterías de armas que sobresalían de la espina dorsal y se alojaban en los flancos habían permanecido en silencio, como si hubiese perdido las ganas de luchar. No obstante, la nave seguía viva. Los sensores de la *Medialuna de Sangre* detectaban el brillo de los reactores que aún latían dentro de la coraza. Habían disparado una salva más antes de aproximarse. No había llegado ninguna respuesta y la sed de matanza del Tormento había ido en aumento.

Las bestias, aparejadas con máquinas, bramaban al recorrer las filas de esclavos que se encontraban encadenados a los sistemas de control de la nave. Por todas partes había Space Marine del Tormento agrupados en círculos en torno a altares con pinchos de hierro colado que sobresalían del suelo del puente de mando. Se hacían llamar «iniciados», como si fuese algo que hubiesen ganado por su lealtad al salvajismo. Eran una fuerza mestiza, una donde los colores de una docena de identidades olvidadas habían quedado ocultos bajo capas descascarilladas de óxido y sangre seca. Llevaban cadenas de dientes y falanges humanas que repiqueteaban contra sus

armaduras mientras se movían al compás de sus cánticos estridentes.

Había charcos de sangre en varias partes de la cubierta, y podía oír los gritos cada vez que el Tormento ensartaba a los sacrificios en sus altares de hierro. A tan solo unos pasos de distancia de donde se encontraba, Ahriman notó que uno de los iniciados sonreía con anticipación. El Space Marine tenía ganchos de hierro en lugar de dientes. Los otros iniciados empezaron a aullar. Antes, a Ahriman le habría enfermado ver en qué se habían convertido estos Space Marine, pero ahora los miraba y no sentía nada. ¿Realmente había cambiado tanto? ¿Era él menos esclavo o menos traidor que ellos?

—Horkos. —La palabra sacó a Ahriman de sus pensamientos. La voz era grave, un ronroneo retumbante y profundo con un toque de desdén que encajaba a la perfección con su orador. Al levantar la mirada, Ahriman vio que Gzrel se dirigía hacia él. El señor del Tormento chasqueaba y jadeaba con cada paso, y su rostro era una máscara seca de piel que se hundía en el cuello de la armadura de color rojo oxidado que llevaba. El ruido que había en el puente de mando fue en aumento cuando los iniciados del Tormento empezaron a gritar el nombre de su señor.

Detrás de Gzrel venía su corte. Le gustaba coleccionar hechiceros, evaluarlos y valorarlos de la misma forma en que otros harían con sus joyas. Estaba Xiatsis con su casco espejado; también Cottadaron, que tenía la armadura tan fusionada al cuerpo que iba arrastrando los pies; y, por supuesto, Maroth. El autoproclamado vidente del Tormento esbozó una sonrisa estéril mientras acariciaba la piel desollada que cubría su pechera. Maroth era el Alto Magister de Gzrel un título tan presuntuoso que probablemente habría hecho reír a Ahriman alguna vez. Sin embargo, Maroth no tenía nada de divertido.



Ahriman se arrodilló cuando Gzrel se detuvo frente a él. Su armadura rechinó y siseó en cuanto dobló las rodillas. La armadura, al igual que todo lo demás, se había adaptado a aquello en lo que se había convertido. Unas hombreras tachonadas le cubrían los hombros y del pecho le colgaba un tabardo gris moteado. En el hueco del brazo sujetaba un casco acabado en pico con la superficie carbonizada. Lo había cogido de un cuerpo calcinado cuando todavía humeaba y nunca lo había repintado. En el Imperio, esa clase de casco tenía una denominación: *Corvus*, o cuervo. «Un casco córvido negro para un guerrero de la carroña», había pensado cuando lo sostuvo en sus manos por primera vez. Era la única pieza simbólica que se había permitido conservar y solo lo había hecho para recordarse lo que había sido y en lo que se había convertido.

—Tengo un honor que conferirte, Horkos. —Un vapor rojo emanó de las chimeneas que había en la espalda de Gzrel al hablar.

—Mi señor —dijo Ahriman mirando a la cubierta. Una vez, los ejércitos lo habían reverenciado, y los primarcas habían atendido a sus palabras. Pero ese era un pasado que él mismo se había encargado de destruir. Ahora no era más que una sombra que proyectaba la luz de sus recuerdos. Así que Ahriman, quien una vez fuera Bibliotecario Jefe de los Thousand Sons, ahora respondía a un nombre falso y se arrodillaba ante un señor indigno.

—¿Veis? —continuó Gzrel, y Ahriman se dio cuenta de que el señor señalaba a los otros hechiceros—. Tan sumiso, tan dócil. —Ahriman vio de reojo cómo Gzrel flexionaba las puntas afiladas de los dedos—. A vosotros no pude doblegaros con tanta facilidad, ¿no es así, Maroth?

—No con *tanta* facilidad, mi señor —ronroneó Maroth. Gzrel soltó una risita.

«Maroth planea matarlo», pensó Ahriman. «Ahora no, pero pronto. Planea matar a Gzrel y luego arrebatarse el trono». Ahriman podía leer la intención del vidente igual que si la hubiese proclamado a gritos ante toda la cámara. Sin embargo, ninguno de los otros hechiceros parecía haberse percatado. ¿Era posible que Maroth ya los hubiese convertido, o simplemente eran incapaces de percibir lo mismo que Ahriman?

—Pero tú eres distinto, Horkos. Tú tomas todo lo que cae de mi mano y me lames los dedos. —Gzrel se detuvo y alzó la barbilla de Ahriman con un dedo afilado—. ¿Crees que tu docilidad me complace? Pensé que mejorarías, pero no. No eres más que un perro apaleado entre lobos, Horkos.

—Sí, mi señor. —Ahriman evitó mirar a Gzrel a los ojos. Tendría que huir pronto. No habría lugar para él bajo el gobierno de Maroth, quizá solo para su cráneo, colgado de la armadura de algún campeón. Hacía tiempo, podría haber detenido a Maroth, podría haberle arrebatado el Tormento a Gzrel y enseñarles a todos los límites de sus conocimientos. Para Ahriman habría sido algo muy simple, pero él no era Ahriman. Ahora era Horkos, el penitente, el exiliado. Tendría que huir y encontrar otro lugar donde refugiarse. Ni siquiera estaba seguro de si podría ostentar los poderes que una vez habían sido una parte tan importante de él como su propio cuerpo. Era como si una parte de su alma hubiese quedado reducida a algo inservible.

«Tal vez sea por eso que no ven lo que soy», pensó Ahriman. No había usado sus poderes en toda su amplitud durante muchos años, años que para algunos suponían varias

vidas. Primero había sido un acto de rechazo, pero ahora se preguntaba si habían muerto con el recuerdo de Ahriman. Aún podía sentir y palpar la disformidad, pero eran los rescoldos de una llama que ya había sido extinguida. «No perciben ningún poder trascendental porque no hay nada que percibir. Una coraza de debilidad oculta mi pasado; solo ven una criatura medio destruida y no se preguntan qué pudo haber sido en el pasado».

—Y, sin embargo, aquí te tengo —dijo Gzrel—. ¿Por qué te mantengo aquí, Horkos?

—Por mi servicio, señor —contestó Ahriman. Incluso a través de los cierres herméticos del casco podía oler el tufo a vísceras y hierro que se desprendía de su señor.

—Por tu servicio —repitió Gzrel cuidadosamente—. Y ahora te concedo el honor de pagarme con esa moneda. Tenemos una presa a la vista, y tú me ayudarás a conseguirla. —Gzrel hizo una pausa—. Formarás parte del asalto inicial. Te unirás a la manada de Karoz en la primera oleada.

Ahriman pensó en Karoz, en el campeón del Tormento, encadenado en una de las celdas de Maroth, gimoteando para sí mismo, incapaz de quitarse la armadura. Maroth había sembrado algo en el alma de Karoz, algo que lo estaba devorando por dentro. Ahriman miró a Maroth, y el vidente le sonrió.

«Mi destino es morir en esta batalla», pensó Ahriman.

—Es un gran honor —apuntó Maroth. A ojos de Ahriman, el aura del vidente estaba roja de malicia.

—Gracias, mi señor.

Gzrel le soltó la barbilla.

—Te confiero este honor, Horkos. Corresponde bien a mi bondad. —Gzrel se dio la vuelta y se alejó caminando entre

tropas de esclavos que se apartaban para abrirle paso y el clamor de los guerreros que se preparaban para la guerra.

—Lo haré, mi señor —contestó Ahriman, pero nadie estaba allí para escucharlo.

—Tenemos que encontrarla, se lo debemos. Nuestros juramentos siguen en pie. —Astraeos miró a sus hermanos de uno en uno. Estaban de pie, formando una especie de círculo en el punto de unión de cinco pasajes cercanos a las cubiertas de motores de la *Hijo del Titán*. Había tan poca luz que Astraeos veía a los tres guerreros como estatuas monocromáticas. Sus armaduras de bronce habían adoptado un color gris, y las líneas y cicatrices de sus rostros no eran más que un valle de sombras. Los guerreros lo miraban fijamente con los discos de luz blanca como la luna que tenían por ojos. Kadin negó con la cabeza y apartó la mirada; Thidias mantuvo una expresión impassible; y Cadar parecía aguantarse las ganas de decir algo. Astraeos se fijó en que Thidias se llevaba la mano al pecho para acariciar las marcas que el águila había dejado en la ceramita cuando había extendido las alas sobre él.

«Si rompes un juramento, el resto se vendrá abajo», pensó Astraeos. Recordó las palabras de Hadar, el antiguo capellán.

—Los corazones de los guerreros resisten como uno solo —había dicho entonces—, o se van astillando hasta romperse. —El capellán había muerto en los fuegos de la traición un año después.

«Están perdidos», pensó Astraeos mientras contemplaba lo que quedaba de su capítulo. «Y yo no soy ningún capellán, no sé cómo ayudarlos a salir de la oscuridad».

Cuando abrió la boca para decir algo, la cubierta se arqueó y los muros metálicos empezaron a resonar como si fueran

campanas. Del techo empezó a caer óxido, provocando que el aire adquiriera un sabor áspero y metálico.

—La bruja finalmente nos ha matado —masculló Kadin.

—Otro impacto, en el puerto inferior, en dirección a la proa —informó Cadar. Thidias asintió.

—De baja potencia. Sean quienes sean, solo están probando, comprobando si estamos tan muertos como parecemos. —Thidias se detuvo—. Abordarán la nave para tomarla.

Todos volvieron a mirar a Astraeos.

«Me miran a mí», pensó, «pero no tengo las respuestas». Maldijo a Carmenta internamente. La tecnobruja probablemente había abandonado el puente de mando después de que salieran de la disformidad. Los había dejado indefensos, flotando en el vacío al borde de un sistema estelar desconocido. Había tratado de comunicarse con ella tras recibir el primer ataque, pero la estática le había impedido usar el comunicador de voz, y, cuando había intentado llegar a la disformidad, lo único que obtuvo por respuesta fue una ráfaga de viento que parecía estar riéndose. Kadin tenía razón, los había matado, pero seguía teniendo sus juramentos.

—Nos dirigiremos al puente de mando —concluyó Astraeos—. Si la capitana sigue con vida, es ahí a donde irá.

Se ajustó el casco, y los ojos se le iluminaron con el resplandor familiar de los datos tácticos y ambientales. Alzó el brazo por encima del hombro y desenfundó la espada. El cristal incrustado en el centro de la hoja resonó en su mente en cuanto la tocó. Por un instante, al conectarse con la espada, sintió una calma profunda y familiar.

«Al menos esto se mantiene fiel», pensó.

—¿Y si quienquiera que esté ahí fuera elige el puente de mando como primera línea de batalla? —preguntó Cadar.

Astraeos volvió a mirarlos. Todos habían desenfundado sus armas y tenían los bólters en las manos. Los hocicos romos de los cascos ocultaban sus rostros y, por un segundo, fue capaz de recordar lo que todos habían sido alguna vez.

—Entonces moriremos sin haber roto nuestro juramento, hermano.

Treinta guerreros del Tormento llenaban el estrecho compartimento del torpedo de abordaje. Ahriman podía oler el tufo a carne podrida y sudor. Comprobó la carga del bóltter y lo afianzó a su muslo antes de levantar la vista. Los guerreros del Tormento, atados a los muros por sinuosos cables, lo observaban con ojos brillantes. Las armaduras de algunos de ellos relucían con sangre recién derramada que, bajo la pulsante luz roja, había adquirido un color negro alquitranado. Agachadas en el otro extremo del compartimento había varias bestias esclavas gruñendo y tirando de sus cadenas y collares de hierro. Eran más grandes que un Space Marine y todas habían sido esclavas del Tormento antes incluso de que la mutación deformara sus cuerpos. No obstante, la crueldad de Maroth había traído consigo otros cambios. Una serie de tatuajes irregulares recorrían la piel empapada de sudor de las bestias, y Ahriman tuvo la impresión de que sus músculos y huesos cambiaban de forma ante sus ojos. Su sola presencia hacía que quisiera pegarles un tiro.

El marco metálico del torpedo crujió. Ahriman oyó el ruido de las cadenas al subirlos a la recámara de lanzamiento. El torpedo resonó como un gong en cuanto la recámara se cerró tras ellos. Se preguntó si sobrevivirían el breve recorrido por el vacío hasta llegar al objetivo. Por un momento sintió que la respuesta se abría paso en su mente, como si algo se asomara

por el resquicio de una puerta entrecerrada, pero la cerró de golpe en un alarde de voluntad. Todas las predicciones del pasado, toda la sabiduría tradicional que había recopilado habían sido una mentira que no le había traído más que cenizas.

Ahriman parpadeó. Había sentido que algo se movía en la disformidad a su alrededor, algo inmenso, como un tiburón que se desliza por aguas oscuras. En ese momento, se dio cuenta de que estaba temblando dentro de la armadura. De pronto, solo quería salir del espacio cerrado e iluminado de rojo en el que se encontraba el torpedo de abordaje. Miró al resto de soldados del Tormento: todos estaban quietos, congelados en medio de algún movimiento. Sintió que un escalofrío le recorría por la piel. La disformidad gritaba a su alrededor, rugiendo y agitándose como un ciclón, y una capa de escarcha había empezado a extenderse por el compartimento. Karoz lo miraba fijamente a través de los visores de color azul brillante de su casco enastado. El guerrero del Tormento luchaba contra sus ataduras mientras contraía y relajaba las manos alrededor de la empuñadura de una guja serrada. Por el morro del casco corría un denso riachuelo de mocos manchados de sangre.

—«Ahriman». —La voz sonó distante, como un grito que resuena hasta las oscuras profundidades de una cueva. Ahriman sintió frío. No podía moverse. El silencio inundaba el interior del torpedo, y la luz roja pulsante se había congelado. Todos los guerreros del Tormento estaban completamente inmóviles, salvo Karoz.

—¿Quién eres? —preguntó, y en cuanto habló se arrepintió de haberlo hecho.

Algo en su mente se rio con la voz de Karoz. Ahriman sintió cómo su ritmo cardíaco aumentaba sin control.

—«El destino, Ahriman» —dijo la lejana voz. La luz que emanaba de los ojos de Karoz era del color azul de un sol recién nacido—. «Soy el destino, y finalmente he vuelto en mí».

Luego se vio envuelto en la más absoluta oscuridad y la sensación de ingravidez de ir deslizándose por el vacío.

El torpedo de abordaje impactó cerca de la espina dorsal de la *Hijo del Titán*. La carga de fusión de la punta detonó y convirtió la coraza en escoria justo antes del impacto. El torpedo alcanzó la brecha fundida y atravesó el casco externo hasta llegar a las entrañas de la nave. El chirrido del metal cizallado inundó los oídos de Ahriman e hizo que se le nublara la vista por un momento.

«Soy el destino, y finalmente he vuelto en mí». Las palabras se repetían una y otra vez en su mente. En cuanto el ruido cesó, se aferró a las cadenas serpenteantes. Las puertas de asalto que había en la punta del torpedo se abrieron como una flor de metal. El compartimento se llenó de humo y las cadenas se retrajeron hasta golpear contra los muros. Los mutantes fueron los primeros en moverse, liberándose de sus cadenas, y provocando con ello una lluvia de eslabones. Salieron corriendo a toda velocidad, haciendo temblar la cubierta con los pies llenos de garras. Ahriman, en un intento por apaciguar su mente, se detuvo un momento antes de seguirlos.

Una cámara se extendía ante sus ojos. Observó que había unos enormes bidones atados con cadenas que se extendían hasta lo más alto del techo. El torpedo había perforado uno de los muros de la cámara y había esparcido los restos semifundidos del casco de la nave por todo el suelo. Había montículos de escombros en llamas; y también cadáveres: servidores arrastrándose sobre piernas mecánicas rotas.



La manada del Tormento avanzaba frente a él, disparando en dirección al humo. Ahriman los siguió, describiendo arcos precisos con el bólter para cubrir todos los ángulos. Obligó a su mente a calmarse y amplió sus sentidos a través de la disformidad. Como siempre, la acción que antaño le resultara tan sencilla ahora le revolvía el estómago. Permitió que su mente fluyera por distintos conductos y pasajes, como una luz que se extiende por la oscuridad, y fuera creando una imagen de la nave que lo rodeaba. El torpedo de abordaje había asestado un golpe certero; se encontraban cerca del puente de mando, tal y como habían planeado. Otros habían impactado en puntos más alejados del casco, permitiendo al resto de la primera oleada adentrarse en los espacios más profundos de la nave. Devolvió la atención a su entorno inmediato.

—«Horkos». —Los pensamientos de Maroth se colaron en los de Ahriman—. «Nuestro señor desea conocer la disposición de tu cuadro».

—«Cabeza de playa alcanzada tres cubiertas por debajo del puente de mando. Ninguna resistencia significativa de momento, probablemente aumentará en las proximidades del objetivo».

—«Avanzad».

Ahriman vaciló, inseguro de lo que su mente acababa de escuchar. Por un instante, mientras Maroth hablaba, le había parecido oír otra voz susurrando en sus pensamientos. Por un instante, había pensado que le había pedido que diera media vuelta.

—«¡Horkos!» —gritó el pensamiento en su mente.

—«Así se hará» —contestó Ahriman. Maroth se limitó a contestarle con una burda expresión de desprecio y repugnancia en forma de pensamiento.

Ahriman no necesitó dar la orden a los guerreros que lo acompañaban, pues ya trepaban por los escombros en dirección a unas puertas que apenas se vislumbraban. Recordó la voz que le había susurrado que diera media vuelta. Ahriman sacudió la cabeza y siguió los aullidos de la manada.

Carmenta dejó de correr. La bestia volvió la cabeza hacia ella. Tensó los hombros, y Carmenta pudo ver cómo los músculos se juntaban en torno a las costillas en la zona del torso. Las puertas que daban al puente de mando esperaban a lo lejos, en el otro extremo de la antecámara de medio kilómetro de largo. Se había dirigido hacia esas mismas puertas cuando se había topado con la bestia, que se había desplazado lentamente hasta el centro de la cámara arrastrando varias cadenas rotas tras ella.

Donde debería haber estado su rostro, solo había una placa lisa de metal que la miraba fijamente. Tenía un collar de pinchos alrededor del cuello. La bestia, que erguida medía el doble de altura que ella, tenía el cuerpo repleto de tatuajes que cambiaban de forma y color. Su visión empezó a pixelarse al observar los distintos patrones. Entonces el cuerpo de la bestia comenzó a temblar, y Carmenta tuvo la impresión de que intentaba gritar.

Levantó una de sus temblorosas extremidades hasta llegar a la altura de su rostro enmascarado. Abrió la mano, haciendo rechinar los bordes afilados de sus dedos. Luego, lentamente, casi con delicadeza, clavó las garras en la placa frontal y las arrastró hacia abajo. De los profundos cortes empezó a brotar sangre. Carmenta miró hacia atrás y vio que otras figuras corrían a toda velocidad por el ancho pasaje, dirigiéndose hacia ellos. El aire se llenó de aullidos guturales al tiem-

po que una ráfaga de disparos iluminaba la cámara alargada. Las explosiones empezaron a sucederse en la zona de la cubierta donde ella se encontraba y sintió el traqueteo de la metralla al chocar contra el metal de sus extremidades.

Volvió a mirar a la bestia, pero algo había cambiado en su mente. De repente, se sentía tranquila, racional, como si el pánico que había sentido antes le hubiese pertenecido a otra persona. Esto era todo. Finalmente, todo había terminado. No llegaría al puente de mando. Oía una voz en su interior que la instaba a seguir corriendo, a llegar a su nave, a llegar hasta su hija. Una parte de ella se gritaba a sí misma, maldiciéndose por su debilidad, pero permaneció inmóvil. Sentía como si esa aterradora necesidad de volver a reunirse con la nave fuera de otra persona, como si en su mente una puerta se hubiese cerrado y la voz de otro ser hubiese quedado atrapada en su interior. Al oír los gritos que le inundaban la mitad del cerebro, no pudo más que sentir alivio al ver que todo había acabado, que por fin se libraría de la *Hijo del Titán*.

La bestia embistió. No emitió ningún sonido, pero Carmenta imaginó que aullaba al compás del ruido que hacían sus pasos sobre el suelo de metal.

«Nos has matado», dijo una voz en su cabeza. Notó que los brazos le temblaban. Sentía algo en su interior que la instaba a correr, pero siguió inmóvil. «Nos has matado a ambos», gritó la voz.

«No», pensó para sí misma. «Ahora seré libre». Tomó aire para hablar. Su voz había sido una de las pocas cosas que nunca había querido reemplazar con componentes mecánicos. Su padre le había dicho que tenía una voz preciosa, y eso era lo único que recordaba haberle oído decir.

—Gracias —le dijo a la bestia cuando cargaba contra ella.

Un rayo alcanzó a la bestia cuando estaba a punto de alcanzar a Carmenta. El rayo tocó la punta de los dedos de la bestia y se extendió por todo su brazo. La bestia tropezó y quedó atrapada entre una serie de líneas irregulares tan brillantes que los ojos de Carmenta tuvieron que atenuar la luz que irradiaba de ellas hasta quedarse casi en completa oscuridad. La piel de la bestia se llenó de ampollas y empezó a pelarse. La máscara de metal resplandeció mientras cocinaba la piel que la rodeaba. Agitaba los brazos como si intentara espantar a un enjambre de insectos picadores. Tres proyectiles explosivos lo alcanzaron simultáneamente y le desgarraron el músculo del torso. La siguiente descarga le perforó la placa facial, lo cual hizo que su cabeza quedara reducida a una masa de huesos astillados y vapor rojo. Entonces se desplomó, y sus temblorosos músculos fueron quedándose inmóviles a medida que se desangraba.

Carmenta miró a un lado, a donde se había abierto un pasaje. Astraeos caminaba a zancadas hacia ella, seguido de cerca por sus tres hermanos. Varios cables brillantes y nódulos de cristal envolvían su rostro en un halo. Una capa de escarcha cubría los hombros de su armadura y le recorría el brazo hasta llegar a la punta de la espada. Sus hermanos seguían disparando, acribillando a las figuras que se acercaban desde el otro lado de la cámara. Carmenta percibió el cansancio en su rostro romo y se percató de la costra de sangre que se le había formado en la comisura de la boca. Murmuraba, y un velo de luz fría titilaba frente a él. Los hermanos de Astraeos habían adoptado posiciones de tiro a su lado y asediaban al enemigo con fuego bólder.

—Ve —gritó Astraeos, con el cansancio y el esfuerzo reflejados en la voz. Lo miró. Tenía los ojos fijos en el espectral

velo de energía que emanaba de la punta de su espada y en las siluetas que se aproximaban desde lo lejos.

Carmen pensó en la primera vez que había visto su rostro: cubierto de hielo y con la piel desprovista de todo color por culpa del aura del campo de estasis. Aunque había sacado a los supervivientes de entre los restos de su nave por un impulso, liberarlos había supuesto un riesgo. Podrían haber intentado arrebatarse la nave, pero Astraeos y sus tres hermanos la habían recompensado con un juramento. Ella nunca les había preguntado de qué funesto destino habían escapado, y ellos habían mantenido su palabra. Era una de las pocas promesas en su vida que había permanecido intacta.

—¡Ve! —gritó de nuevo Astraeos—. Hay más en camino. Siento que se acercan. Si no eres capaz de hacer algo, entonces no hay manera de salir de esto.

Notó que la boca se le abría para decir que todo había acabado, que ya no había vuelta atrás. Antes de que pudiera hacerlo, su visión bulló con energía estática y una oleada de pánico le invadió la mente.

«No puedo fallar», pensó. «No permitiré que muramos, no ahora».

En algún lugar, oculta tras la incontenible oleada de emociones, otra voz gritaba de rabia. La ignoró y salió corriendo hacia el puente de mando.

Algo impactó en el hombro de Ahriman y explotó. Estaba cayendo, y un pitido agudo le inundaba la cabeza. La armadura resonó cuando Ahriman golpeó el suelo. Los sistemas del casco se apagaron, dejándolo en completa oscuridad, acompañado únicamente por el sonido de su propia respiración. Notaba cómo la sangre espesa y viscosa le caía por el

antebrazo derecho. El sonido crepitó en sus oídos y el fragor de la batalla volvió. Karoz aullaba en algún lugar cercano; luego hubo otra ráfaga de disparos que trajo consigo el sonido familiar de las cadenas de detonaciones dentadas.

«Disparos de bólter». Ahriman expandió su mente hasta que sintió las psiques de sus atacantes ardiendo como un sol con grilletes de hierro. «Space Marine», pensó. Estas no eran las mentes de los Space Marine del Tormento, eran las mentes de auténticos Space Marine. «El deseo de Maroth se ha cumplido. Moriré aquí».

¿Y por qué no dejar que acabara ahí? Había escapado y se había escondido, había caído en las tinieblas durante toda una vida desde su destierro, ¿y para qué? No le quedaba nada, salvo el polvo de sus ideales y la sombra de la que había sido su vida. Debió haberse permitido desaparecer hacía mucho tiempo.

«Soy el destino, y finalmente he vuelto en mí». Las palabras resonaron en su mente, y de repente sintió frío, y fue como si hubiese mirado hacia un oscuro umbral y hubiese visto unos ojos observándole.

La pantalla del casco se encendió de nuevo, parpadeando incesantemente con el destello de los disparos. Vio de reojo que la luz roja de los indicadores de daño estaba encendida. Se puso en pie y observó cómo se desarrollaba la batalla. Una cámara alargada se extendía por delante y por encima de él. Los muros y el techo estaban revestidos con placas de bronce manchadas de cardenillo. La luz de las estrellas se colaba en finos hilos por las estrechas ventanas que había en lo más alto. Veinte guerreros del Tormento y sus bestias esclavas avanzaban hacia las enormes puertas que había en el otro extremo de la cámara mientras el fuego rodeaba sus siluetas. A lo lejos,

Ahriman pudo distinguir los fogonazos de los rifles bólter. Mientras miraba, varias ráfagas alcanzaron a un guerrero del Tormento, que cayó al suelo con la pechera resquebrajada. Sus corazones siguieron latiendo, bombeando su sangre al aire. Karoz dejó escapar un aullido desde el centro de la manada y avanzó a grandes saltos. Pese a que varias explosiones le siguieron los pasos, el campeón no aflojó el ritmo. Mientras avanzaba, varias bobinas negras de humo viviente empezaron a salir de su armadura. Ahriman podía saborear el olor a hierro a través de los cierres herméticos del casco. Un Space Marine se había agachado detrás del cuerpo sin vida de una bestia esclava y seguía disparando al campeón mientras atacaba. Los disparos perforaron el pecho de Karoz e hicieron que varios trozos de carne y de su armadura salieran despedidos.

Karoz no se detuvo. El Space Marine no había dejado de disparar cuando Karoz saltó por encima del cuerpo de la bestia esclava y lo atacó desde arriba. El Space Marine se hizo a un lado y los dientes de la guja chocaron contra la cubierta, haciendo que saltaran chispas. La sangre brotaba del pecho de Karoz y humeaba en el aire. Cuando se irguió, Ahriman pudo ver que los corazones lacerados seguían latiendo en la húmeda cavidad de su pecho. Levantó el brazo y se quitó el casco, dejando al descubierto un rostro que tenía demasiados ojos y bocas para haber nacido humano.

El Space Marine retrocedió lentamente, dejó caer el bólter y desenvainó una espada que llevaba a la cintura. Karoz se rio con todas las bocas de su rostro mutado y, con un gesto burlón, levantó la guja a modo de saludo. El Space Marine se abalanzó sobre él. Karoz le clavó la punta de la guja en la pechera y lo embistió hasta que los dientes del arma atravesaron el pecho del guerrero.

Una llamarada de luz golpeó a Karoz desde un costado. Era tan luminosa que dañó las retinas y la mente de Ahriman. «Fuego psíquico». Karoz se tambaleó en el momento en que la armadura y la piel de su rostro empezaban a gotear sobre la cubierta con la consistencia del alquitrán. Ahriman volvió a mirar a los Space Marine y, al abrir sus sentidos, vio lo que antes había pasado por alto: un psíquico. Un psíquico de combate con una mente tan centrada que era como una espada. ¿Cómo no lo había visto antes? Le recordó algo, algo que había perdido hacía mucho tiempo. Algo estaba a punto de ocurrir, algo que ejercía presión sobre su mente incluso mientras trataba de acallararlo. Dio un paso adelante.

Frente a él, la manada de Karoz siguió los pasos de su campeón y atacó. El psíquico que se enfrentaba a Karoz desenfundó la espada y lo rajó del cuello a la cadera. Ahriman pudo saborear el golpe: aire frío y hierro amargo. El iniciado del Tormento cayó. Los otros dos Space Marine flanquearon al psíquico y empezaron a disparar a la manada que los embestía. Abatieron a dos guerreros del Tormento más. Ahriman se encontraba a una docena de pasos de distancia, y en ese momento lo sintió: un latido creciente en la disformidad, como un corazón monstruoso que palpita hasta cobrar vida.

Y entonces Karoz se puso de pie, elevándose sobre la cubierta como si unos hilos tiraran de él. De su cuerpo brotaba un líquido negro que caía en gruesos cordones. Una boca se abrió en el bulto chamuscado que era su cabeza y sonrió con dientes afilados. Al mismo tiempo, algo rosa y cubierto de mucosa empezó a retorcerse en la herida abierta que tenía en el pecho. De repente, un ojo parpadeó y se abrió en medio del corazón palpitante. El iris era del color azul del cielo a mediodía.



La criatura que había sido Karoz rugió y un millar de bocas y ojos se abrieron por todo su cuerpo. La sombra de Karoz se extendió por el suelo, engullendo la tenue luz de las estrellas a medida que se elevaba hasta el techo. Ahriman sintió que los detalles físicos de la estancia se desdibujaban, como si se desvanecieran lentamente tras un fuego creciente. Entretanto, la escarcha había empezado a coagular la sangre que cubría la cubierta. Algunos de los iniciados del Tormento seguían corriendo, pero los cuerpos de muchos otros se iban desplomando sobre la cubierta sacudidos por espasmos. Entonces la sombra llegaba hasta ellos y se los tragaba sin hacer el menor ruido. El demonio que una vez fue Karoz se ciñó sobre la cámara. Debajo de él, la luz de la espada del psíquico se apagó como una vela al soplarla. Se fijó en él: tenía el rostro pálido, envuelto en una capucha psíquica, y aún empuñaba la espada fallida.

El demonio se volvió hacia Ahriman y lo observó con sus mil ojos.

—Ahriman —dijo con una voz que era una mezcla de susurros y risas.

«¡No!», gritó una voz en su mente. Pero la voz desapareció cuando un poder que llevaba consigo los colores de los recuerdos empezó a correrle por el cuerpo. Podía oler el polvo de la llanura que se encontraba a los pies de la Torre de Magnus; podía ver a sus hermanos en miles de destellos fugaces: su carne explotando desde el interior de sus armaduras, sus cuerpos disolviéndose y convirtiéndose en líquido para luego solidificarse en forma de pesadilla. Vio a Ohrmuzd, su verdadero hermano, al que había perdido hacía ya mucho tiempo. Luego vio una cara, una cara que no conocía, un rostro con un yelmo enastado y unos ojos que ardían igual que las estrellas moribundas.

Ahriman empezó a levantar la mano mientras una luz le bailaba en los dedos. Su mente ascendió, siguiendo unos patrones que había intentado olvidar.

El demonio se acercó a Ahriman.

—«No». —De la mano de Ahriman brotó una lengua de fuego blanco. Varias letras muertas y fórmulas ocultas titilaban en los bordes de las llamas de manera similar al aleteo de unas alas. Atravesó al demonio con una única línea brillante. El demonio se tambaleó brevemente, y luego las llamas empezaron a saltar de un lado a otro de su cuerpo sombrío. Empezó a dar alaridos y a gritar con las voces de los recuerdos de Ahriman: Ohrmuzd, Lemuel, Amon. La intensidad de los alaridos aumentó a medida que la sombra se disolvía con un sonido similar al de la risa del viento cuando sopla por una llanura polvorienta.